

Los territorios en la crisis

Inmaculada CARAVACA BARROSO

Universidad de Sevilla.

RESUMEN: Las profundas transformaciones socioeconómicas que se han venido produciendo desde finales del siglo XX se han acelerado y profundizado en los últimos años, evidenciándose la existencia de una profunda crisis que está produciendo nuevas desigualdades territoriales. En este contexto de referencia, el objetivo de este artículo es reflexionar críticamente sobre las transformaciones socioeconómicas asociadas a la crisis y muy especialmente sobre los cambios territoriales que está generando a distintas escalas espaciales, utilizando para ello, como ejemplo, algunos indicadores significativos. Se trata, pues, de realizar un análisis desde una perspectiva general asumiendo que aunque las panorámicas de conjunto están siempre asociadas a la simplificación de los hechos, resultan de utilidad para sistematizar la información y facilitar la participación en la reflexión colectiva y en el debate.

DESCRIPTORES: Crisis financiera. Crisis económica. Impactos espaciales. Desigualdades territoriales.

1. Introducción

Las profundas transformaciones socioeconómicas que se han venido produciendo desde finales del siglo XX se han acelerado y profundizado en los últimos años, evidenciándose la existencia de una profunda crisis, que se empezó a gestar en los principales centros financieros del mundo y que pone en evidencia toda una serie de contradicciones asociadas tanto a la forma en que se ha llevado a cabo el proceso de globalización, como a los cambios que se han venido produciendo en la lógica de funcionamiento económico.

Hay que buscar su origen en un conjunto de causas interrelacionadas entre las que cabe destacar los procesos de desregulación financiera que han dado lugar a la llamada *financiarización de la economía*. Se entiende como tal el creciente predominio de las actividades financieras, en buena parte asociadas a la especulación, sobre las productivas, que son las que sustentan la economía real. Como señala Harvey al respecto, la utilización de productos financieros muy sofisticados, junto al

«auge de sistemas sumamente refinados de coordinación financiera a escala global» han contribuido decisivamente a que se haya entrado «en una era de riesgos financieros sin precedentes» (HARVEY, 2008, 218).

Recibido: 20.01.2014; Revisado: 21.05.2014.
Correo electrónico: caravaca@us.es
Este artículo se integra en el Proyecto de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad: Efectos socio-territoriales de la crisis económica en las áreas urbanas de

España: políticas públicas y estrategias de resiliencia (CSO 2012-36170).
La autora agradece los valiosos comentarios de los evaluadores anónimos.

Dos acontecimientos se consideran principales detonantes de la crisis: el colapso financiero producido en 2007 en Estados Unidos por las llamadas hipotecas basura y la caída del banco de inversiones Lehman Brothers ocurrida también en el citado país un año más tarde. Tales sucesos desencadenaron una reacción en cadena de las entidades bancarias al verse incapacitadas para cubrir sus pérdidas; para evitar sus quiebras, los bancos centrales y los gobiernos comenzaron a transferirles dinero, contribuyendo con ello a extender la crisis a otros sectores económicos y a otros países, entre los que destacaron pronto los de la Unión Europea.

El desmedido crecimiento experimentado por el sector inmobiliario en EEUU y algunos países europeos contribuyó decisivamente a potenciar la crisis financiera, convirtiéndose, en consecuencia, en corresponsable de sus impactos no sólo socioeconómicos sino también territoriales y ambientales. Se ponía así en evidencia, una vez más, que el sector de la construcción:

«por su habitualmente alta participación en el producto y en el empleo, y por su rol estratégico de articulación entre el sector financiero y la economía real, es un factor determinante y detonante de los ciclos de auge y recesión y de las crisis económicas» (DAHER, 2013, 48).

Pero la gravedad y complejidad de la crisis financiera ha ido evolucionando con el tiempo hasta llegar a convertirla en sistémica, al afectar a la economía en su conjunto, al mercado laboral, a las instituciones, a las políticas e incluso a los valores morales y éticos. Hay que tener en cuenta, además, que esta crisis sistémica es, a su vez, una crisis mutante, al estar sometida a continuos y acelerados cambios, y una crisis global, al estar incidiendo en todo el planeta. No es, sin embargo, una crisis uniforme, puesto que afecta a los territorios con distintas formas e intensidades, ya se trate de países, regiones, ciudades o ámbitos rurales.

Ante este orden de cosas, no puede extrañar, que esté creciendo sustancialmente el número de investigadores interesados en abordar el análisis de esta profunda crisis desde distintas disciplinas y perspectivas (GEORGE, 2010; TOURAINE, 2011; FERNÁNDEZ DURÁN, 2011; TORRES LÓPEZ, 2011) No obstante, y a diferencia de lo ocurrido con la crisis de los años setenta del pasado siglo, son ahora más escasos los estudios que se centran en sus efectos territoriales, y ello pese a que, como señala Méndez (MÉNDEZ, 2013 a y c), está generando importantes alteraciones y efectos retroactivos a dis-

tintas escalas espaciales, asociados tanto al grado de vulnerabilidad de cada ámbito como a sus diferentes capacidades para desarrollar estrategias con las que superar sus problemas y activar nuevos procesos de desarrollo.

En este contexto general de referencia, el objetivo de este artículo es reflexionar críticamente sobre las transformaciones socioeconómicas asociadas a la crisis y muy especialmente sobre los cambios territoriales que está generando. Para ello, se recogen, al menos en parte y sin ninguna pretensión de exhaustividad, algunos de los análisis e interpretaciones que, desde distintos enfoques, se han venido realizando sobre la crisis; pero se centra sobre todo la atención en aquéllos que tienen por objeto observar sus impactos territoriales, que son aún muy difíciles de apreciar dada la complejidad y diversidad de los procesos en curso y la limitada investigación empírica aún disponible. Se trata, pues, de realizar un análisis desde una perspectiva general, aunque utilizando como ejemplo algunos indicadores y ámbitos territoriales de referencia, asumiendo que pese a que las panorámicas de conjunto están siempre asociadas a la simplificación de los hechos, resultan de utilidad para sistematizar la información y facilitar la participación en la reflexión colectiva y en el debate.

El artículo se estructura en siete epígrafes. Tras la introducción, se dedica un apartado a la caracterización de la crisis y a los cambios socioeconómicos que a ella están asociados tratando de comparar las transformaciones socioeconómicas estructurales derivadas de la crisis de los años setenta con las que ahora se están produciendo. A continuación, el epígrafe tres se centra en el análisis de los impactos territoriales derivados de los cambios socioeconómicos, comparando de nuevo los provocados por la crisis del fordismo con los que se están derivando de la actual. En los apartados 4, 5 y 6, por su parte, se observan algunos de los efectos provocados por la crisis a distintas escalas espaciales. En el capítulo siete, por último, se formulan algunas conclusiones.

2. Crisis y nuevo contexto socioeconómico de referencia

Como es sabido, la historia del capitalismo ha ido evolucionando apoyándose en crisis periódicas de diferente consistencia e intensidad, aunque manteniendo siempre los principios básicos que sustentan el sistema. Si bien es cierto que buena parte de estas crisis son coyunturales y afectan solo a determinados sec-

tores de actividad y territorios, se producen también otras que, al afectar al conjunto del sistema, han supuesto verdaderas rupturas y cambios estructurales que conforman diferentes ciclos en la evolución del capitalismo. Entre las diversas interpretaciones teóricas sobre estos ciclos, una de las más aceptadas es la realizada por Kondratieff, que fija su duración en unos cuarenta o cincuenta años (KONDRATIEFF, 1995; MANDEL, 1986).

Reviste ahora especial interés el periodo iniciado con la crisis de los años setenta del pasado siglo que, asociado al desarrollo de la llamada sociedad informacional y a la progresiva sustitución del modelo productivo fordista por el de especialización flexible, dio lugar a un proceso de mundialización sin precedentes que supuso el paso del capitalismo industrial al capitalismo transnacional/ global y ha sido considerado por algunos como de transición entre el cuarto y el quinto ciclo Kondratieff.

Partiendo de la base de que las lógicas derivadas del citado periodo siguen estando en buena parte vigentes y que, por tanto, siguen siendo fundamentales para interpretar los cambios territoriales, es interesante comparar las características y los efectos socioeconómicos de dicha crisis con los que parecen estar derivándose de la actual. No puede olvidarse que, al menos en cierto modo, estas dos crisis están encadenadas, pues, como dice Mayor Zaragoza, es durante las dos últimas décadas del S. XX cuando hay que situar

«el gran antecedente de la crisis actual: los valores democráticos, los principios éticos se sustituyen por el mercado» (MAYOR ZARAGOZA, 2011, 32).

También Morin enfatiza el hecho de que la crisis que ahora se padece tenga sus raíces en

«la explosión de un capitalismo planetario, sin frenos desde la década de 1990, que ha amplificado todos los aspectos negativos del desarrollo (económico)» (MORIN, 2011, 26).

La FIG. 1 pretende sintetizar y sistematizar los principales rasgos que caracterizan a los periodos que se inician con las citadas crisis, utilizando para ello la propuesta interpretativa de la escuela de la regulación. Se estructura así el análisis centrándolo primero la atención en los paradigmas tecnológicos y los recursos materiales disponibles que constituyen la base de cada periodo, para considerar después los rasgos que definen los regímenes de acumulación y los modos de regulación socioeconómica a ellos asociados (AGLIETTA, 1979; BOYER, 1986).

Resulta pertinente recordar que aunque el aumento de los precios del crudo adquirió en su momento un especial protagonismo al ser considerado por algunos como el principal detonante de la crisis iniciada en 1973, no era más que una de sus causas. En efecto, con el cambio del patrón oro al patrón dólar, ocurrido sólo dos años antes, se liquidaba el régimen de cambios fijos que había sustentado hasta entonces los intercambios monetarios, y el sistema financiero global se empezó a ver:

«perturbado por una deuda en espiral ascendente y fuera de control desde 1973» (HARVEY, 2008, 185).

Desde entonces, dicho sistema, eludiendo cualquier vigilancia e intervención, ha utilizado prácticas de riesgo que son responsables de la nueva crisis estructural mundial, aunque fuera su detonante la explosión de la burbuja financiero-inmobiliaria ocurrida el año 2007 (FIG. 1).

Por su parte, la Revolución Tecnológica que, vinculada al desarrollo de las tecnologías de la información, se inició en los años setenta, sigue ahora su curso con la constante y acelerada incorporación de nuevas tecnologías de información y comunicaciones. Si, en su momento, el desarrollo tecnológico permitió la sustitución de ciertos recursos naturales por otros sintéticos, no ha logrado frenar, sin embargo, su sobreexplotación, lo que ha contribuido a agravar la crisis energética, asociada a lo que se ha dado en llamar «el pico del petróleo», y a generar, además, una crisis alimentaria y otra ecológica-ambiental estrechamente asociada al cambio climático (FERNÁNDEZ DURÁN, 2008) (FIG.1).

En cuanto al régimen de acumulación, se ha evolucionado de una economía basada en la producción flexible de bienes y en el crecimiento de los servicios sociales y productivos, a otra sustentada en las finanzas en la que ha sido el sector bancario el que ha experimentado una transformación verdaderamente radical. Por una parte, se somete a fuertes procesos de concentración, con el consiguiente aumento del tamaño de las empresas. Por otra, éstas entran en Bolsa desarrollando operaciones de naturaleza especulativa que, además de no generar riqueza en la economía real, la dejan sometida a importantes riesgos. Incumplen con ello los bancos, cada vez en mayor medida, sus dos funciones principales: financiar la economía y gestionar los riesgos (BOCCARA & HÉRON-PLIHON, 2012).

FIG. 1/ Persistencias y cambios socioeconómicos entre dos crisis globales

Periodos	Crisis del fordismo y postfordismo	Crisis actual
Año en que se sitúa el inicio	1973	2007
Detonante	<ul style="list-style-type: none"> - Paso del patrón oro al patrón dólar: fin del régimen de cambio fijo - Encarecimiento del petróleo. 	<ul style="list-style-type: none"> - Continua alteración del sistema de cambios. - Burbuja financiero-inmobiliaria. - Crisis financiera y de la deuda mundial. - Encarecimiento materias primas.
Paradigma tecnológico y recursos productivos	<ul style="list-style-type: none"> - Revolución informacional. - Pérdida importancia recursos naturales (sustitutivos sintéticos). - Crisis del petróleo. 	<ul style="list-style-type: none"> - Incorporación continua y acelerada de nuevas tecnologías de información y comunicaciones. - Crisis energética (pico del petróleo), alimentaria y ambiental.
Régimen de acumulación	<ul style="list-style-type: none"> - Economía basada en la producción bienes. - Especialización flexible. - Descentralización productiva. - Integración empresarial sistémica (redes de empresas). - Terciarización de la industria/ economía servindustrial. - Creciente importancia flujos de bienes y servicios. - Globalización económica. - Reducción, recualificación y dualización del empleo. 	<ul style="list-style-type: none"> - Economía financiarizada y especulativa (compraventa dinero como base de la generación de riqueza). - Beneficios basados en la inestabilidad mercados bursátiles. - Productos financieros opacos y de alto riesgo. - Creciente peso de los flujos de capital. - Hipertrofia de sector financiero. - Pérdidas de empleos y progresivo deterioro de las condiciones de trabajo.
Modo de regulación	<ul style="list-style-type: none"> - Crisis Keynesianismo. - Importancia creciente del neoliberalismo económico. - Privatización empresas públicas de sectores estratégicos. - Flexibilización mercado laboral. - Políticas selectivas para promover la innovación. - Desinterés por políticas industriales. - Deterioro del Estado del Bienestar. 	<ul style="list-style-type: none"> - Neoliberalismo como base central de las políticas. - Desregulación económica, financiera y laboral. - Privatización generalizada de empresas públicas. - Políticas selectivas para reforzar competitividad financiera. - Cierta interés por la revitalización de la industria. - Progresiva concentración de beneficios empresariales y socialización de pérdidas. - Creciente desmantelamiento del Estado del Bienestar (políticas de austeridad).
Capitalismo	Transnacional/global.	Financiarizado/tóxico.

Fuente: Elaboración propia.

Se produce así una hipertrofia del sector financiero convirtiéndolo en dominante, lo que, como ya se señaló anteriormente, conlleva a la *financiarización* de la economía. Según señalan algunos (CORPATAUX & al., 2009) el citado proceso puede definirse como la progresiva movilidad/liquidex del capital no sólo de los mercados financieros, sino también de las firmas, sectores y territorios.

Junto a lo anterior,

«la característica principal del capitalismo mundializado desde comienzos de los años ochenta es la bajada de la parte salarial, esto es, de la

parte del PIB correspondiente a los asalariados» (HUSSON, 2009: 7).

Llama especialmente la atención el fuerte crecimiento del paro experimentado en buena parte de los países desarrollados, y especialmente en los europeos, asociado primero a la caída del sector de la construcción y a la reestructuración del sector financiero, y después a la aplicación de políticas neoliberales que reducen los empleos públicos a la vez que privatizan buena parte de los servicios, incluidos los más básicos como educación y sanidad (TORRES LÓPEZ, 2011; MÉNDEZ, 2013 a) (FIG. 1).

En relación con esto último, y respecto al modo de regulación, si, como es sabido, el Keynesianismo entraba en crisis en la década de los setenta, fue a partir de la segunda mitad de la de los ochenta cuando se extiende por el mundo occidental una ideología neoliberal que se traduce en la aplicación de estrategias de privatización, de desregulación y de desreglamentación, y en la que

«la política monetaria se utiliza para luchar contra la inflación y no para sostener la inversión (mientras que) la moderación salarial se convierte en uno de los objetivos centrales de las políticas económicas» (STERDYNYIAK, 2012: 30-31).

De este modo, las medidas que se están implementando se limitan a gestionar los efectos de la crisis

«eludiendo de forma evidente la posibilidad de combatir sus causas» (LORDON, 2012: 254) (FIG. 1).

En este último sentido, no puede por menos de sorprender la incapacidad mostrada por organismos internacionales encargados de controlar el funcionamiento del sistema financiero —como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial— primero para prever la crisis y después para alertar sobre la forma en que la misma se está gestando. Si, por una parte, el pensamiento dominante de los responsables de estas instituciones no contempló en su momento la posibilidad de que el modelo de funcionamiento bancario terminara desencadenando una crisis de tal envergadura, por otra, parece que no interesaba alertar sobre tal situación, ya que algunos estaban consiguiendo con dicho modelo importantes beneficios a los que no estaban dispuestos a renunciar. Se ponía con todo ello de manifiesto que:

«el neoliberalismo no es sólo una doctrina económica, sino también un planteamiento ideológico y una herramienta útil para los intereses de los grupos sociales más vinculados al capital» (ÁLVAREZ & *al.*, 2013: 22).

Como consecuencia de todo lo anterior, la precariedad se ha convertido en un rasgo definitorio del funcionamiento de unos mercados de trabajo caracterizados por la incapacidad mostrada no sólo para generar suficiente número de empleos sino también para frenar su continua destrucción. Ante una situación como la descrita, produce cuanto menos desconcierto que, mientras las cifras de desempleo alcanzan valores insostenibles en un buen número de países, entre los que destacan de nuevo los europeos, el objetivo de creación de em-

pleo haya ido perdiendo peso frente al de la consecución de beneficios, que se convierte en absolutamente prioritario. Ante tal situación, algunos interpretan que el desempleo se ha convertido en un instrumento útil para legitimar determinadas políticas,

«no sólo porque ha permitido argumentar que se llevaban a cabo con la intención de que un mercado de trabajo más flexible garantizase la creación de empleo, sino también porque ha desactivado parcialmente la propia capacidad de respuesta de los asalariados» (ÁLVAREZ & *al.*, 2013: 229) (FIG. 1).

Así las cosas, no puede extrañar el fuerte deterioro experimentado por el Estado del Bienestar que, en ciertos países, está conllevando casi su total desmantelamiento.

En definitiva, durante las últimas décadas se fue consolidando un modelo de crecimiento económico que ha promovido una gran acumulación de deuda y que, a su vez, depende de este endeudamiento para su sostenimiento; lo que ha llevado a algunos hacer referencia a la *economía del endeudamiento* (ÁLVAREZ & *al.*, 2013). En estrecha asociación con lo anterior, la economía real está dejando paso a otra especulativa en la que los mercados financieros están sometidos a fuertes tensiones; como señala Ekaizer al respecto,

«en el pasado, los episodios especulativos, siendo recurrentes, constituían la excepción a la regla. Ahora en cambio son la regla» (EKAIZER, 2012, 185).

El *capitalismo transnacional*, surgido con el proceso de reestructuración productiva de los setenta y sustentado en la economía real, ha sido superado por el *capitalismo financiarizado*, apoyado en el sistema bancario y estrechamente ligado a la crisis actual; y dado que buena parte de los flujos monetarios se producen al margen de la legalidad establecida, es también calificado por algunos como *capitalismo tóxico* (HUSSON, 2009) (FIG. 1).

3. Transformaciones territoriales provocadas por la crisis del fordismo y por la crisis sistémica actual

Para completar el análisis anterior es necesario prestar atención a los impactos territoriales de la crisis. Se trata de comprobar, por una parte, si se mantienen algunas tendencias es-

paciales de la etapa anterior y cuáles son éstas, y, por otra, de observar a distintas escalas los diferentes grados de intensidad con que la crisis está incidiendo en los territorios.

La creciente competencia con que operan las empresas en el espacio global de las redes, junto a la fluidez con que se mueve el capital dinero en un sistema económico *financiarizado*, ayudan a entender los cambios territoriales. No hay que olvidar que si, desde la perspectiva social, se está produciendo un

«ahondamiento de las desigualdades que es proporcional al grado de avance de las políticas neoliberales» (HUSSON, 2009, 57),

desde la territorial, se están generando transformaciones asociadas a los modelos de acumulación de capital que se vienen adoptando y a las formas de regulación socioeconómica que se aplican. Junto a lo anterior, para entender las transformaciones territoriales hay que considerar las herencias recibidas por los distintos ámbitos espaciales, sus estructuras socioeconómicas, la forma en que utilizan sus recursos y la capacidad de sus empresas, organismos e instituciones para diseñar estrategias con las que enfrentar y superar la crisis.

Tal como muestra la (FIG. 2), interesa primero recordar que los procesos de reestructuración productiva, ocurridos desde la década de los setenta del pasado siglo, provocaron transformaciones cuantitativas y cualitativas en el comportamiento organizativo y espacial de las actividades económicas y muy especialmente de la industria. En relación a las cambios organizativos, es bien cierto que el llamado sector pro-

ductivo pareció perder peso e importancia en la economía para dejar paso al crecimiento de los servicios; no obstante, no hay que olvidar que la informatización de determinadas tareas y fases productivas, junto a la externalización de otras que antes se realizaban en las propias fábricas, había dado lugar a un proceso de integración industria/servicios que suponía un cambio trascendental en la lógica de funcionamiento del sector. En cuanto a los cambios originados en los modelos de localización empresarial, los procesos fueron selectivos, complejos y en parte contradictorios; junto a la difusión de actividades industriales tradicionales de baja intensidad tecnológica hacia ámbitos periféricos, se concentraban en los espacios centrales las sedes sociales de las empresas así como las actividades más directamente vinculadas a la producción de conocimientos e innovaciones.

De este modo, mientras la reestructuración productiva provocaba una creciente desindustrialización de los países centrales, se producía un fuerte crecimiento de dicho sector en algunos de los considerados periféricos. Se iniciaba así un proceso de deslocalización industrial que ha contribuido decisivamente a desplazar el centro económico de gravedad mundial hacia el Pacífico al generar un significativo crecimiento económico en países del sureste asiático sustentado por un proceso de industrialización basado en la exportación que, aunque se apoyaba en unas malas condiciones laborales de los trabajadores, contribuyó a multiplicar por más de cuatro la renta por habitante, aumentó la esperanza de vida media e incluso redujo en parte las desigualdades sociales (BERZOSA, 1988). Tal tendencia sigue produciéndose en la actualidad, aunque impli-

FIG. 2/ Modelos territoriales derivados de la crisis del fordismo y de la crisis actual

Crisis fordismo	Crisis actual
<ul style="list-style-type: none"> - Deslocalización industrial. - Nuevos países industriales. - Regiones industrializadas en declive. - Regiones urbanas ganadoras. - Periferización industria metropolitana. - Espacios emergentes: distritos industriales, sistemas productivos locales, medios innovadores. - Territorios marginados y excluidos. - Desigualdades N/S. 	<ul style="list-style-type: none"> - Deslocalización empresarial. - Nuevos cambios en la división espacial del trabajo. - Nuevos Países Emergentes. - Graves deterioros territoriales vinculados al crecimiento incontrolado del sector inmobiliario. - Metrópolis servindustriales. - Concentración sedes empresas y actividades ligadas a la economía del conocimiento en las grandes ciudades. - Crecientes desigualdades entre sistemas productivos locales y distritos industriales. - Territorios marginados y excluidos. - Crecientes desigualdades entre ricos y pobres en el N y en el S. - Pérdida de cohesión social y territorial en los países desarrollados.

Fuente: Elaboración propia.

cando ahora no sólo a industrias consideradas tradicionales sino también a otras más capitalizadas que requieren una mayor cualificación de sus trabajadores, además de a otros sectores económicos, lo que genera nuevos cambios en la división espacial del trabajo y la consolidación de los ahora llamados *nuevos países emergentes* (FIG. 2).

Por su parte, los países industrializados perdían una buena parte de las industrias tradicionales mientras desarrollaban un modelo económico crecientemente basado en actividades vinculadas a las nuevas tecnologías, en el desarrollo del sector servicios y en el control de los flujos financieros. Hay que recordar que ha sido precisamente en los principales centros financieros de algunos de los países más desarrollados —como Estados Unidos y los que conforman la Unión Europea— dónde se ha gestado la profunda crisis en la que ahora estamos inmersos, provocando nuevos procesos de deslocalización empresarial y significativas alteraciones en la división espacial del trabajo (FIG. 2).

En el interior de buena parte de los países desarrollados se ponía en evidencia la complejidad de las transformaciones espaciales asociadas al proceso de reestructuración productiva. Por una parte, las regiones de antigua industrialización especializadas en sectores tradicionales se vieron sometidas a duros procesos de reestructuración productiva entrando en decadencia, mientras se trasladaba buena parte de su industria hacia otros países o regiones con menores costes de producción. Por otra, tenía lugar un reforzamiento económico de las grandes ciudades y espacios metropolitanos, al concentrarse en ellos aquellas funciones de dirección, gestión, control y producción de conocimientos e innovaciones más necesitadas de centralidad que, al ser las que rigen el funcionamiento económico, fueron llamadas en su momento *funciones comando* (MAGNAGHI, 1981). A su vez, surgían nuevos espacios emergentes que resultaban competitivos por concentrarse en ellos actividades muy innovadoras o algunas tradicionales ligadas a la existencia de distritos industriales o sistemas productivos locales (FIG. 2).

El sector de la construcción, por su parte, creció en algunos países de forma descontrolada, y no sólo económicamente sino también territorialmente, ocupando las urbanizaciones grandes superficies de suelo de forma desordenada con la consiguiente generación de desequilibrios territoriales, la acumulación de problemas asociados a modelos urbanísticos ambientalmente agresivos y socialmente segregados, el deterioro

de las condiciones medioambientales, el aumento de determinados riesgos y la pérdida de calidad paisajística (FIG. 2).

Las grandes aglomeraciones urbanas, consideradas durante el postfordismo «regiones que ganan» (BENKO & LIPIETZ, 1994), aunque muy afectadas por la crisis, siguen concentrando los principales centros financieros, las actividades vinculadas al conocimiento y las sedes sociales de las grandes empresas. Y es también en dichos ámbitos donde se hace especialmente patente la presencia de la llamada *economía servindustrial*, estrechamente relacionada con el creciente proceso de terciarización de un sector industrial que incorpora cada vez más servicios a los bienes producidos aumentando con ello las cadenas de valor, aunque externalizando muchos de ellos, con la consiguiente integración de estos dos sectores económicos (DANIELS & BRYSON, 2002; BRYSON & DANIELS, 2009) (FIG. 2).

Por su parte, también siguen siendo válidos los factores que explican la competitividad de los sistemas productivos locales y distritos industriales que convirtió a éstos en *espacios emergentes* (CARAVACA, 1998). No obstante, la crisis está afectando de forma muy distinta a cada uno de ellos en función del ámbito territorial en el que se integran, de sus estructuras económicas, de sus tipos de especialización, del tamaño de sus empresas y la colaboración que entre ellas realicen, de la densidad de sus redes de cooperación socio-institucional y de la capacidad de sus agentes públicos y privados para desarrollar estrategias con las que superar sus problemas y retos (FIG. 2).

Si hace ya varias décadas se enfatizaba el rol de las regiones urbanas, los distritos industriales y los medios innovadores como ámbitos ganadores y emergentes, desde entonces, se ha venido poniendo de manifiesto que dichos ámbitos pueden incluirse o no en tales categorías dependiendo no sólo de circunstancias externas sino también de la forma en que sus instituciones y sociedades hayan sido capaces de poner en valor los propios recursos buscando colectivamente soluciones a sus propios problemas y contradicciones.

Sea cual sea la forma en que los territorios se están viendo afectados por la crisis, es un hecho constatado que los desequilibrios socio-territoriales siguen siendo una constante aunque vayan adoptando formas nuevas. En este sentido, algunas investigaciones alertan sobre un importante cambio que debe ser enfatizado: si hace sólo unos años las desigualdades más

significativas se producían entre el Norte desarrollado y el Sur empobrecido, están adquiriendo ahora un creciente protagonismo las que se generan entre ricos y pobres tanto en los países del Norte como en los del Sur (INTERMÓN OXFAM, 2012) (FIG. 2).

Respecto a las desigualdades territoriales interesa destacar aquí que, como apunta Méndez al respecto, junto a territorios vulnerables muy afectados por la crisis, se encuentran otros más resistentes a la misma; mientras unos consiguen adaptarse mejor a la nueva situación y se recuperan pronto de los impactos sufridos, otros inician un largo proceso de declive; pese a que algunos se muestran incapaces de encontrar soluciones a sus problemas, otros desarrollan estrategias proactivas para hacerles frente (MÉNDEZ, 2013 b).

Parece oportuno recordar ahora que:

«la producción de diferencias geográficas, añadiéndose a las que vienen dadas por la historia, la cultura y las llamadas ventajas naturales, se internaliza en la reproducción del capitalismo» (HARVEY, 2012 a: 169).

No puede extrañar, por consiguiente, que se sigan generando importantes diferencias y contradicciones en la incidencia y en los efectos de la crisis a todas las escalas.

4. Efectos territoriales de la crisis a escala mundial

A escala mundial la crisis sistémica actual está alterando una vez más las formas de articulación territorial al modificar las relaciones que se producen entre países. Si bien es cierto que, como se señalaba anteriormente, las circunstancias que actuaron como detonantes de la crisis se produjeron en EEUU, observándose también muy pronto en Europa, perturbaron después seriamente al resto del mundo tanto a través del sistema financiero como del comercio internacional.

Aunque la realización de un análisis en profundidad a escala mundial no se adecua a los objetivos de este artículo, sí parece necesario utilizar al menos algún indicador básico que permita observar a grandes rasgos los cambios experimentados en los distintos países como consecuencia de la crisis. Para ello, se ha analizado la evolución del PIB desde el año 2006, que es el que antecede a la crisis, hasta el 2012, que es el último para el que existe información disponible.

Como puede apreciarse en el mapa, son muy significativas las diferencias existentes entre los comportamientos del PIB en los distintos países, hecho que está en buena parte relacionado con su grado de dependencia económica a los mercados de crédito (FIG. 3).

Llaman sobre todo la atención aquellos países en los que el PIB ha decrecido durante el periodo considerado, como es el caso de Sudán del Sur, Groenlandia e Islandia, pero también de países de la Unión Europea como Irlanda, Reino Unido y Grecia, y no hay que olvidar que algunos de ellos han llegado a estar al borde de la bancarrota. Los valores del PIB permanecen prácticamente estáticos en Estados Unidos, México y la mayor parte de los países europeos, a los que se suman también Libia y Corea del Sur. Aunque con diferente intensidad, tanto un grupo de países como el otro están siendo afectados por la crisis. (FIG. 3).

Como contrapunto a lo anterior, la evolución experimentada por este indicador ha sido muy positiva en la mayor parte de los países latinoamericanos y asiáticos, además de en Rusia y algunos de los que formaban parte de la antigua Unión Soviética, de Oriente Próximo y de África. Se trata de países que, al no haber integrado plenamente su sistema bancario en la red global, se encontraban más protegidos cuando empezaron a colapsar los mercados financieros. Con crecimientos del PIB significativos pero algo más reducidos que en los anteriores han evolucionado Japón, India, Pakistán, Australia, Canadá, Chile y Ecuador, así como ciertos países norte y este europeos, centroamericanos, del antiguo Golfo Pérsico, y un buen número de los africanos (FIG. 3).

Junto al mayor o menor grado de integración de las estructuras financieras de los distintos países en el sistema mundial, algunos otros factores ayudan a entender la diferente evolución experimentada por el PIB en unos y otros. En tal sentido, no se puede dejar al margen lo que ha supuesto para EEUU y algunos países europeos la explosión de las llamadas burbujas inmobiliarias, que no sólo no fueron pinchadas por las instituciones reguladoras pese a haberse alertado sobre los riesgos que implicaban sino que, muy al contrario, dichos organismos apoyaron políticas que las estimulaban (EKAIZER, 2012).

Como contrapunto a lo anterior, es bien sabido que el crecimiento económico de los países llamados emergentes se empezó a producir a fines del anterior milenio, como lo prueba, por

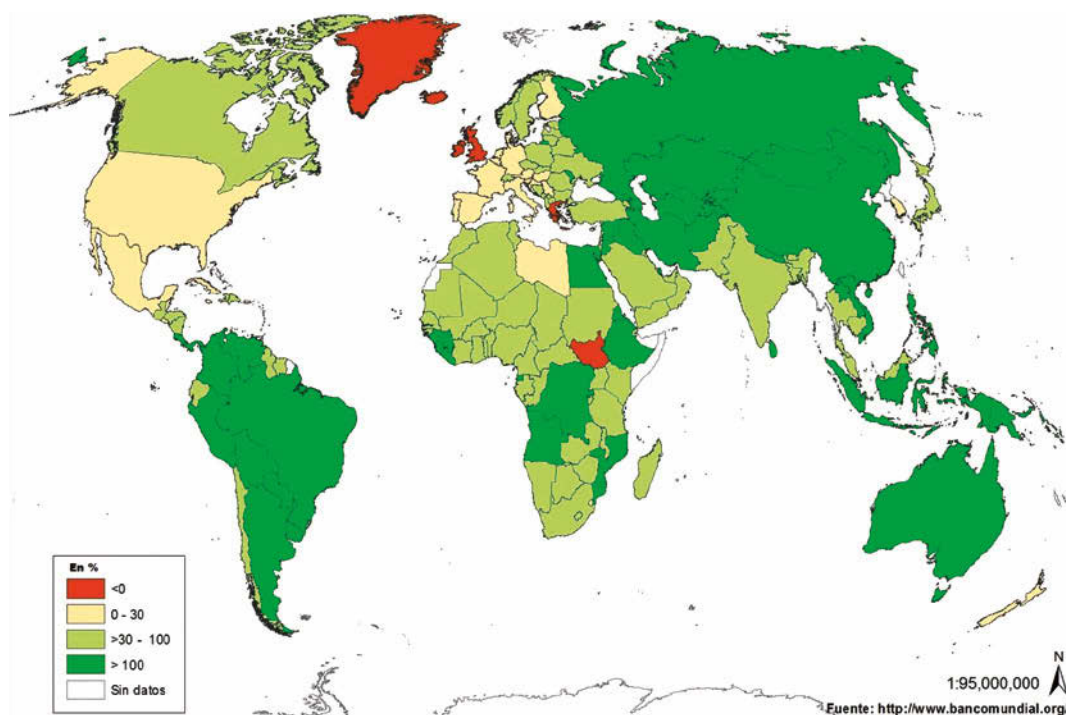


FIG. 3/ **Evolución del PIB (2006-2012)**

Fuente: Elaboración propia a partir de BANCO MUNDIAL.

ejemplo, el hecho de que ya en 2003 China e India representarían el 20,6 % del PIB mundial, cuando en 1952 dicho porcentaje era sólo del 9,2 % (HUSSON, 2009). Dicho crecimiento se había fundamentado en un

«desplazamiento masivo de la producción industrial hacia los llamados 'países en desarrollo', que de representar el 15,3 % del total mundial en 1990, alcanzan ya casi una tercera parte (32,1%) en 2010» (MÉNDEZ, 2013b: 6).

No hay que olvidar, sin embargo, que la codicia y la falta de responsabilidad han sido la base de los procesos de deslocalización industrial, resultando ilustrativo al respecto que

«después de haber explotado a una mano de obra de la que se podía disponer sin ningún límite, algunas multinacionales, especialistas en la producción a bajo coste, abandonan el país para instalarse en otros en los que los costes salariales son todavía más bajos y/o en los que la vigilancia sobre las condiciones de trabajo es menor» (ASKENAZY & MÉHAUT, 2012, 197).

Puede calificarse como paradigmático el ejemplo de China, cuyo crecimiento económico fue sustentado por actividades productivas tradi-

cionales que compiten por precios y vulneran sistemáticamente los más elementales derechos humanos, hasta el punto de que su lógica de funcionamiento se asemeja bastante a la dominante durante la Primera Revolución Industrial. No obstante, durante los últimos años el país está absorbiendo una gran cantidad de capital extranjero y se están instalando industrias de alta tecnología, con todo lo que ello representa para su desarrollo económico, hasta el punto de que ha llegado a convertirse en el principal acreedor mundial. Harvey alerta, sin embargo, acerca de su futuro argumentando que, dado que la principal demanda de su producción se localiza en gran parte en EEUU, un colapso del consumo en este país

«tendría (y ya está teniendo) efectos devastadores sobre el empleo industrial y la tasa de beneficio en China. La respuesta obvia para China consistiría en desarrollar su propio mercado interno, pero eso requeriría aumentar los salarios y reducir su propia ventaja competitiva en la economía global» (HARVEY, 2012a: 96).

India, el otro gigante asiático, parece estar aprovechando su enorme mercado interno, su limitada dependencia de las exportaciones industriales, y el crecimiento experimentado por

las inversiones privadas tanto internas como procedentes del exterior. No obstante, las profundas diferencias sociales no parecen que estén disminuyendo e incluso ha retrocedido posiciones en el ranking mundial según su *Índice de Desarrollo Humano* (ahora en el puesto 136 con un índice de 0,554). Se trata, pues, de un país cuya principal característica es el «equilibrio de los contrarios» (VICTOR, 2012: 39).

Buena parte de los países latinoamericanos también han experimentado altas tasas de crecimiento económico y un descenso de su endeudamiento externo, lo que ha llevado a incluir alguno, como es el caso de Brasil, entre los llamados países emergentes. Sin embargo,

«la crisis contagió a América Latina luego del segundo semestre del 2008 a través de un descenso en las exportaciones, la reducción de los flujos de inversión extranjera directa, las remesas decrecientes y una caída significativa del turismo internacional» (MARICHAL, 2010: 312, citado por DAHER, 2013).

No puede extrañar, por consiguiente, que algunos investigadores alerten del riesgo que representa la crisis para países que siguen manteniendo valores bajos del PIB/cápita y que, a diferencia de lo que ocurre en Asia, parecen experimentar en ciertos casos un proceso de «desindustrialización precoz» que puede generar nuevas relaciones de dependencia, ahora con los grandes países asiáticos emergentes (SALAMA, 2012: 52). No se puede olvidar tampoco que, pese al crecimiento experimentado por el PIB en algunos de estos países, siguen existiendo grandes desigualdades, tanto sociales como territoriales, que, como se ha demostrado recientemente en Brasil, están empezando a provocar movimientos masivos de protesta; hay que añadir a lo anterior que, en buena parte de los casos, el crecimiento haya estado muy condicionado por la producción de productos agrícolas ambientalmente dañinos. Se pone así, una vez más, en evidencia que el crecimiento económico no siempre está asociado al desarrollo territorial.

En relación con esto último, no hay que olvidar que los países exportadores de petróleo y de otras materias primas están teniendo que hacer frente al hundimiento de sus precios, al reducirse su consumo en países desarrollados y muy especialmente en EEUU. Esta reducción del consumo en los países desarrollados afecta también a la población a ellos emigrada, de tal forma que

«México, Ecuador, Haití y el estado de Kerala en la India, muy dependientes de las remesas de los emigrantes a países ricos, vieron reducir drásticamente los ingresos familiares al desaparecer los empleos en la construcción y despedir a las trabajadoras domésticas. ...Desmintiendo la idea de que las poblaciones marginadas no se ven afectadas por un crac financiero en el mundo capitalista avanzado» (HARVEY, 2012a: 398).

Daher, por su parte, alerta sobre el hecho de que:

«el precario crecimiento de la economía estadounidense y la recesión más o menos generalizada entre los países europeos han influido en las recientes contracciones de las economías de China y Brasil, las que presentaban, además, signos de burbujas inmobiliarias» (DAHER, 2013: 72).

3. Una macro región especialmente afectada por la crisis: la Unión Europea

En Europa los efectos de la crisis están siendo devastadores. El fuerte crecimiento experimentado por las entidades financieras desde las últimas décadas del pasado siglo se había producido desordenadamente eludiendo todo tipo de control y, al igual que había ocurrido en EEUU, la crisis se vio especialmente potenciada en aquellos países en los que se habían generado burbujas inmobiliarias que —impulsadas en buena parte por las entidades financieras, apoyadas por las instituciones públicas nacionales y no cuestionadas por las comunitarias— habían provocado un crecimiento descontrolado de la deuda privada. Pero no fue solo el excesivo endeudamiento privado el que contribuyó a generar la crisis, pues también había crecido desmesuradamente la deuda pública en ciertos países, como es el caso de Grecia. Se ponía con todo ello en evidencia la ineficiencia de los reguladores que, como ya se ha señalado, alimentaron excesivamente el riesgo sin hacer nada para evitar la fragilidad del modelo económico que se estaba generando (EKAIZER, 2012).

Entre las razones que ayudan a entender la especial incidencia de la crisis en los países de la Unión Europea, destaca sin duda la fuerte integración de sus mercados, aún más acusada en los que conforman la unión monetaria al facilitar entre ellos el contagio de la crisis (DAHER, 2004). En estrecha relación con lo anterior, no se puede dejar al margen que, aunque el Tratado de Lisboa del año

2000 proponía avanzar tanto en la unión monetaria como en la económica, se atendió exclusivamente a la primera, adoptándose el euro como moneda única sin tener en cuenta que su correcto funcionamiento exigía políticas económicas comunes y un banco central capaz de regular en su conjunto el funcionamiento del sistema financiero europeo (FERNÁNDEZ DURÁN, 2011). Pero el Banco Central Europeo reaccionó tarde a la crisis, y ni se ocupó primero de controlar el crecimiento de la deuda ni de evitar después el llamado rescate bancario realizado en aquellos países que se vieron más duramente afectados; lo que ha contribuido no sólo a que haya crecido la deuda pública en países en los que antes no existía, como es, por ejemplo, el caso de España, sino a que ésta se multiplique debido a los intereses de los préstamos¹.

La reacción institucional de la Unión Europea a la crisis no sólo está siendo muy desafortunada desde la perspectiva socioeconómica sino también desde la territorial. Respecto a esta última es necesario señalar que

«la organización de la zona euro, que impone políticas macroeconómicas semejantes a países que se encuentran en situaciones diferentes, ha incrementado las divergencias entre los Estados miembros» (VVAA, 2012, 51).

«España, Portugal y Grecia han sido penalizados con una pérdida de producción de entre un 5 y un 10 % del PIB, Francia con una pérdida del 6 %, mientras Alemania, por el contrario, se beneficiaba de un efecto favorable equivalente al 8 % de su PIB» (DÉVOLUY & al., 2012: 56).

Se ha contribuido así a que los países se posicionen de forma divergente de tal forma que:

«se asiste a un comienzo de fragmentación de sus trayectorias que constituye un obstáculo suplementario a la coordinación de sus políticas económicas» (HUSSON, 2009: 67).

Para poder observar mejor estas diferencias, al análisis de la evolución experimentada por el PIB realizado anteriormente, se añade ahora el de otro indicador tan ilustrativo como el empleo. Para ello, partiendo de la propuesta realizada por Martín (MARTÍN, 2012) para el Reino Unido y aplicada por Sánchez Hernández (SÁNCHEZ HERNÁNDEZ 2013) a España, se utiliza un *índice de resistencia del empleo a la*

crisis que relaciona la evolución del empleo en cada país con respecto a la del conjunto de la Unión Europea² (FIG. 4).

Como puede observarse en el mapa (FIG. 4), el análisis del comportamiento territorial del empleo en los países de la Unión Europea resulta mucho más ilustrativo que el del PIB al poner más claramente en evidencia cómo está contribuyendo la crisis a potenciar los desequilibrios territoriales. Efectivamente, mientras que en los países cuyo índice supera significativamente el valor 1 (que es el que corresponde a la Unión Europea en su conjunto) el empleo ha sido poco sensible a la crisis e incluso ha evolucionado positivamente, aquéllos que cuentan con valores del índice menores que la unidad han experimentado importantes pérdidas de puestos de trabajo, poniéndose con ello en evidencia su mayor vulnerabilidad.

Influyen decisivamente en estos comportamientos del empleo las diferencias existentes entre las estructuras productivas de los países, al situar a éstos en posiciones muy distintas desde las que competir en un mercado único. En tal sentido, es interesante recordar que el proceso de desindustrialización que se ha venido produciendo en Europa desde las últimas décadas del pasado siglo ha sido particularmente intenso en algunos países, como España y Portugal, que cuentan con menor presencia de industrias de alta tecnología y cuyo empleo es más vulnerable. Parece confirmarse así que la presencia de la industria y su grado de especialización en actividades más tradicionales de más fácil deslocalización resulta:

«clave en la configuración de las capacidades de crecimiento y del potencial competitivo de las economías» (ÁLVAREZ & al., 2013: 85).

No puede extrañar, por consiguiente, que esté creciendo el interés por la revitalización de la industria.

Para poder matizar el análisis anterior, se ha considerado pertinente utilizar otro indicador estrechamente relacionado con el comportamiento del mercado de trabajo como es la tasa de paro. En esta ocasión se centra la atención en los países de la Zona Euro entre los que, como se acaba de comprobar, se incluyen los que están siendo más vulnerables a la crisis, cosa que no es de extrañar dados los proble-

¹ Para profundizar en el análisis de los efectos de la crisis en la Unión Europea es interesante consultar el trabajo de ÁLVAREZ & al. (2013).

² El Índice de resistencia del empleo a la crisis se ha obtenido de la siguiente fórmula: (empleo cada país 2012/empleo cada país 2006) / (empleo UE 2012/empleo UE 2006).

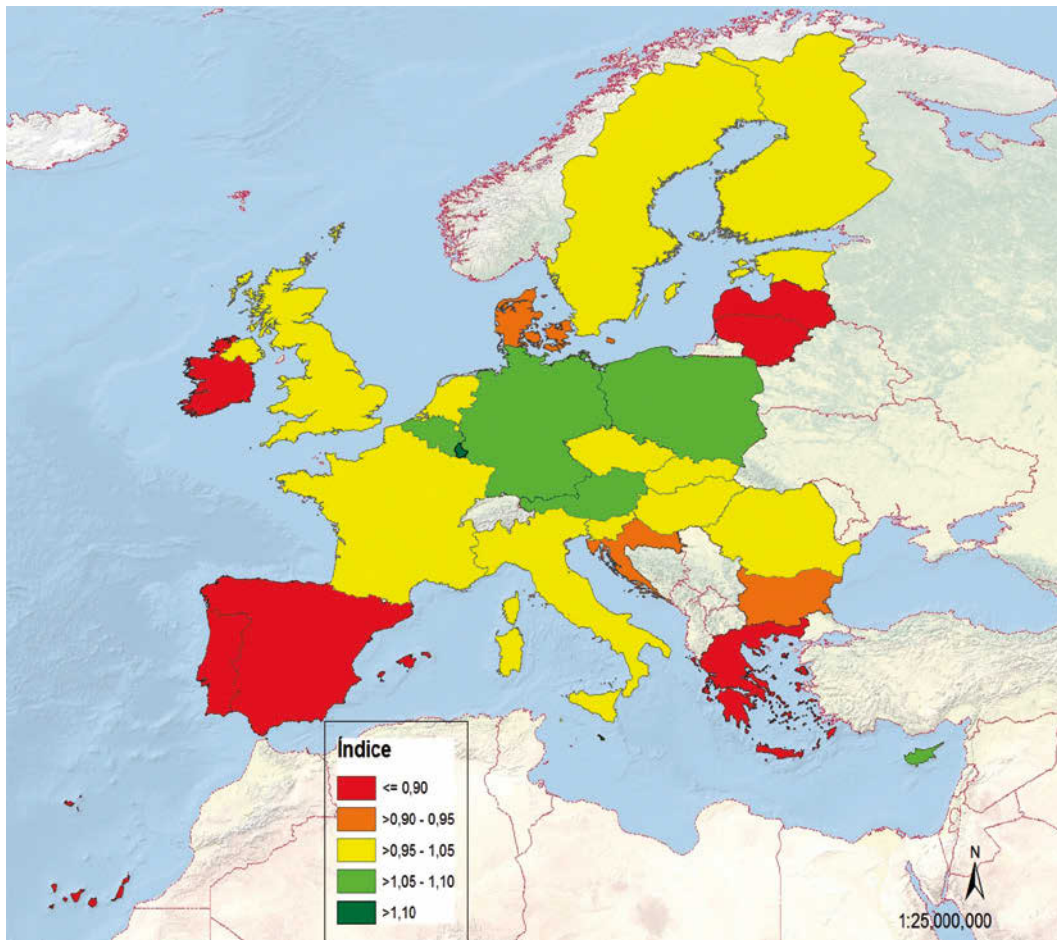


FIG. 4/ Índice de resistencia del empleo a la crisis en los países de la Unión Europea (2006-2012)

Fuente: EUROSTAT.

mas derivados de la adopción de la moneda única. A su vez, para poder observar con más nitidez los efectos territoriales de la crisis, se utiliza la región como unidad espacial de referencia, lo que permite apreciar los desequilibrios existentes dentro de cada país (FIG. 5).

Según muestra la FIG. 5, la evolución del desempleo es especialmente preocupante en Irlanda, España, Grecia y Portugal, y algo menos en Italia, y resulta un ejemplo ilustrativo de los desequilibrios socioeconómicos estructurales que debilitan y limitan los procesos de crecimiento de países que son considerados periferia europea (ÁLVAREZ & *al.*, 2013). Junto a lo anterior, el análisis de la evolución experimentada por las tasas de paro a escala regional permite observar con mayor nitidez la desigual forma en que está afectando la crisis a los te-

rritorios de la Zona Euro. El paro crece más del 200 % en las dos regiones irlandesas, en ocho de las españolas y en tres de las que forman parte de Grecia y de Portugal; valores algo más bajos pero que superan el 100 % de crecimiento se encuentran en el resto de las regiones españolas y griegas, tres de las italianas y dos de las portuguesas. Dichas regiones son, pues, las más castigadas por la crisis según un indicador tan básico y a la vez tan significativo como las tasas de desempleo, poniendo en evidencia que el paro se ha convertido en el principal problema socioeconómico de la Zona Euro.

Pero la desigual incidencia territorial que está teniendo la crisis en la Unión Europea no es debida únicamente a sus impactos directos, sino también a la forma en que ésta se está

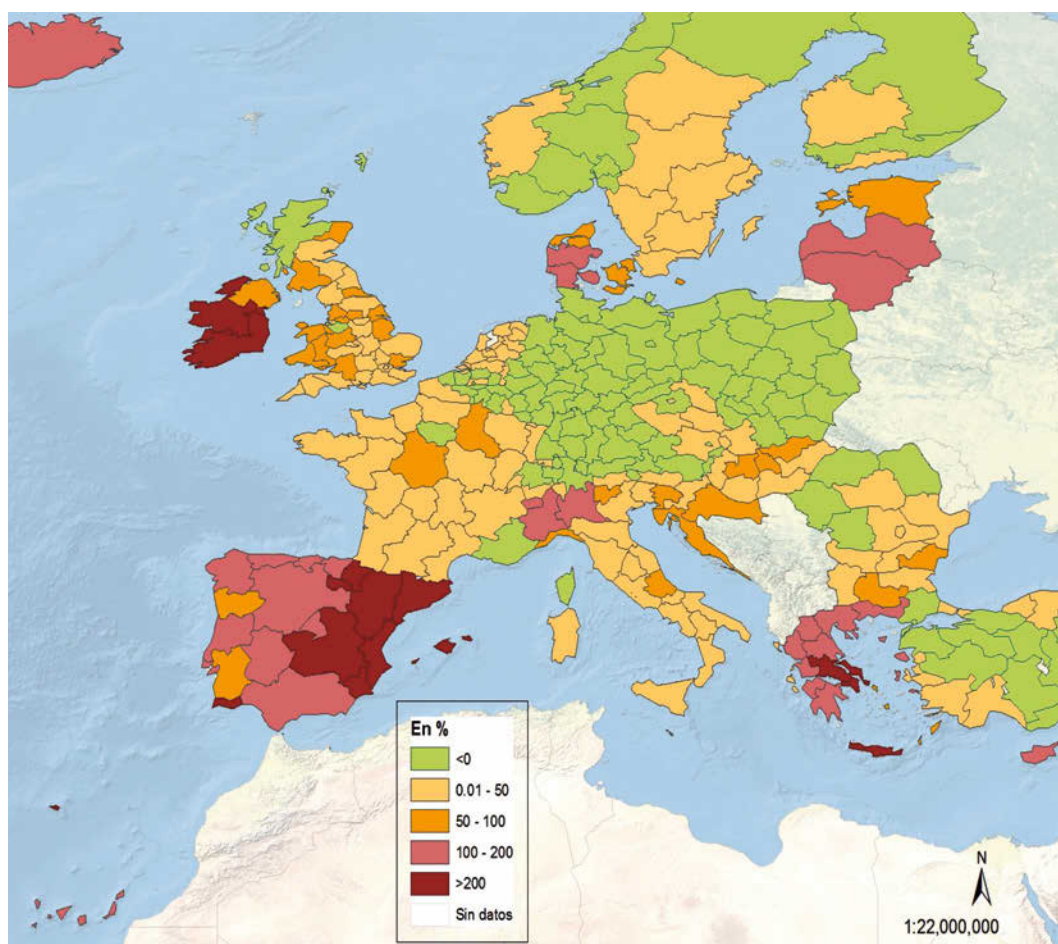


Fig. 5/ Evolución de la tasa de paro en las regiones que conforman la Zona Euro, (2006-2012)

Fuente: EUROSTAT.

gestionando. En efecto, las políticas de austeridad impuestas por las instituciones comunitarias a los países más castigados por la crisis tienen un claro matiz ideológico y no sólo no están contribuyendo a resolver los graves problemas que se han venido generando, sino que, además, han dado lugar a la conformación de una nueva crisis. Tal y como afirman algunos,

«la austeridad proporciona el contexto perfecto para implementar a fondo el programa neoliberal que, en su versión más extrema... difícilmente podría haber sido aprobado en una elecciones democráticas» (ÁLVAREZ & *al.*, 2013: 285).

En este último sentido, resulta escandaloso que mientras se transfiere una enorme canti-

dad de dinero público al sector financiero a través del denominado rescate bancario —lo que se traduce en un importante crecimiento de la deuda pública de los países concernidos y supone una socialización de las pérdidas generadas por las instituciones bancarias— se flexibiliza el mercado de trabajo y se precariza el empleo, además de recortar sustancialmente las partidas presupuestarias vinculadas a gastos sociales. Se está produciendo así la pérdida de importantes conquistas sociales mientras que

«en lugar de hacer frente a todos los daños y problemas para poner remedio a las causas que los han provocado, las autoridades se han doblegado ante los poderes que ocasionaron la crisis y éstos han salido de ella mucho más reforzados» (TORRES LÓPEZ, 2011: 59).

6. La crisis a escala local. Sus efectos en el empleo de las ciudades españolas

Como argumenta Harvey, aunque:

«la fricción de la distancia desempeña ahora un papel restrictivo cada vez menor en la movilidad geográfica del capital... no han dejado de tener importancia las diferencias geográficas, sino que sucede precisamente lo contrario: el capital más móvil dedica gran atención a la menor diferencia local de costes, porque eso le puede proporcionar enormes beneficios» (HARVEY, 2012a: 136).

Aceptando, pues, que las diferencias locales son importantes para la configuración del espacio del capital, resulta imprescindible considerar esta escala tanto para profundizar en el conocimiento de las diferentes formas con que la crisis está afectando a los territorios, como para entender las razones que explican que algunos ámbitos locales sean especialmente vulnerables a los múltiples impactos que se vienen generando, mientras otros se ven por ellos menos afectados o parecen mostrar una mayor capacidad para reaccionar ante ellos y hacerles frente (MÉNDEZ, 2013a). Se trata, pues, de analizar lo que puede considerarse la *glocalización de la crisis* (MARTIN, 2011).

Los espacios urbanos son ámbitos especialmente ilustrativos para analizar los impactos de la crisis a escala local. Si, por una parte, las ciudades concentran la población, las empresas, las instituciones, los conocimientos y las innovaciones que contribuyen a dinamizar la economía en periodos de crecimiento, por otra, son también estos ámbitos los que se ven afectados más negativamente en periodos de recesión. No puede extrañar, por consiguiente, que se haya enfatizado acerca de las raíces urbanas de las crisis financieras (HARVEY, 2012b; MÉNDEZ, 2013a y c).

Según se ha podido observar en el apartado anterior y es además un hecho suficientemente constatado, España está siendo uno de los países más afectados por la crisis, lo que, junto a otros indicadores, se pone especialmente de manifiesto con la pérdida de un elevado número de puestos de trabajo (2.437.772 entre 2006 y 2012, según el Registro General de la Seguridad Social). Ello, unido a la incapacidad estructural

que ha venido mostrando la economía española para generar suficiente número de puestos de trabajo, sitúa, lamentablemente, a este país a la cabeza del ranking por desempleo.

Junto a lo anterior, se está produciendo también en España una creciente precarización de las formas de contratación, proceso este último que está contribuyendo a fragmentar aún más un mercado de trabajo que desde hace décadas se ha venido caracterizando por su alto grado de segmentación. En tal sentido, resulta cuanto menos sorprendente que se estén utilizando argumentaciones que convierten:

«a la segmentación existente entre un mercado de trabajo primario, regulado y con derechos laborales, y un mercado secundario cada vez más precarizado en la justificación de nuevas medidas flexibilizadoras, continuadoras de todas aquellas que condujeron a esta situación. Si el tratamiento tuvo efectos indeseados, la solución es aumentar la dosis» (MÉNDEZ, 2013a: 51).

Con este contexto de referencia, para observar los efectos de la crisis a escala local se utiliza como ejemplo la evolución experimentada por el número de empleos en los municipios españoles que cuentan con ciudades mayores de veinte mil habitantes durante el periodo 2006 y 2012. Los datos proceden del Registro General de la Seguridad Social y resultan especialmente ilustrativos para el análisis del comportamiento de los mercados locales de trabajo³.

De los 399 municipios con ciudades que en 2012 superaban los 20.000 habitantes, sólo en 32 creció el número de afiliados a la Seguridad Social durante el periodo objeto de atención, mientras se reducía en todos los restantes, lo que pone claramente en evidencia la fuerte incidencia de la crisis en los mercados locales de trabajo.

Desde la perspectiva territorial, para observar las diferentes intensidades con que está afectando la crisis a las ciudades españolas se utiliza de nuevo el índice de resistencia del empleo, que en el apartado anterior sirvió para analizar lo ocurrido en la Unión Europea, aunque adaptado ahora a la realidad que nos ocupa⁴. Tal y como se señalaba respecto a los países, las ciudades en las que el índice supera el valor 1 (que es el que corresponde ahora a España en su conjunto) han experimentado una evolución relativa mejor que la del país en

³ Para completar este análisis puede consultarse el trabajo de MÉNDEZ (2013 a) centrado en el estudio del desempleo generado por la crisis en las ciudades españolas.

⁴ El índice de resistencia del empleo a la crisis se ha obtenido ahora de la siguiente fórmula: (empleo cada ciudad 2012/empleo cada ciudad 2006) / (empleo España 2012/empleo España 2006).

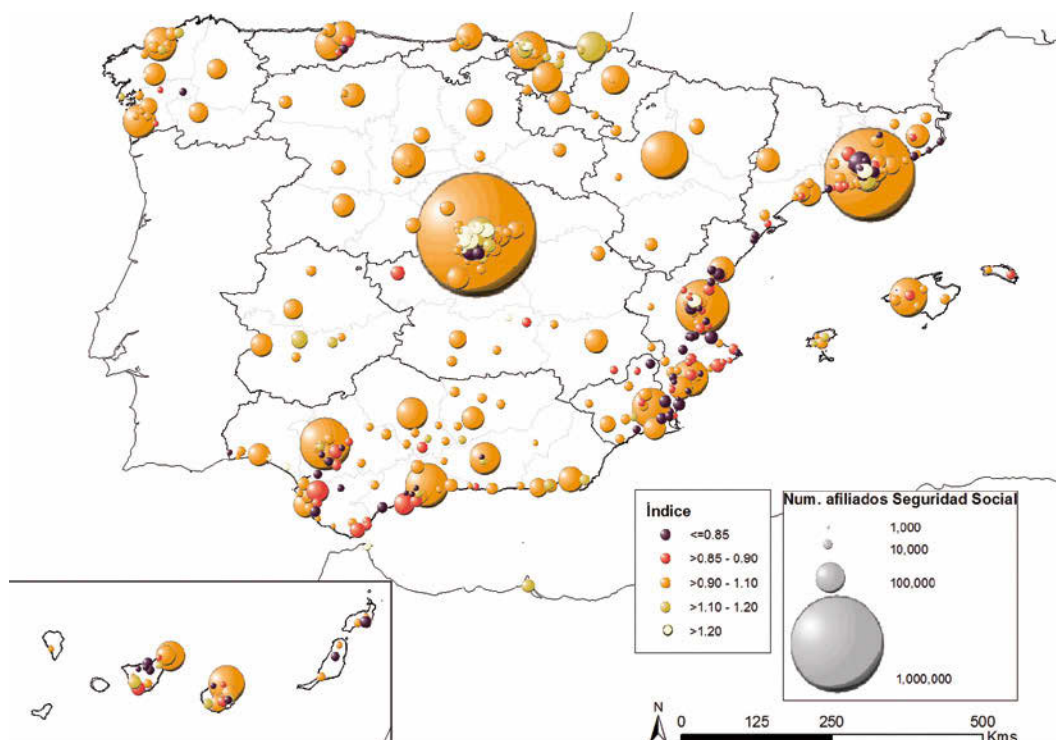


FIG. 6/ Índice de resistencia del empleo a la crisis en las ciudades españolas con más de 20.000 habitantes (2006-2012)

Fuente: REGISTRO GENERAL DE LA SEGURIDAD SOCIAL.

su conjunto, siendo, por tanto, menos sensibles a la crisis. Por el contrario, en aquellas en las que los valores del índice son menores que la unidad las pérdidas relativas de puestos de trabajo han sido mayores que del conjunto de España, lo que pone en evidencia su mayor vulnerabilidad.

Como muestra la FIG. 6, aunque con ciertas excepciones, las ciudades cuyo grado de vulnerabilidad del empleo es mayor se localizan fundamentalmente en la costa mediterránea que, como es sabido, es la zona más afectada por el estallido de la burbuja inmobiliaria, teniendo también una significativa presencia en el archipiélago canario. Aquéllas cuyo empleo ha sido menos vulnerable forman sobre todo parte de las principales aglomeraciones urbanas o están localizadas en otros ámbitos costeros. Son más numerosas las ciudades cuyo comportamiento del empleo según el índice de vulnerabilidad se sitúa en una posición media, formando parte de este grupo las de mayor tamaño.

Es importante recordar que los comportamientos de los mercados urbanos de trabajo están estrechamente relacionados con la forma en que se insertan las ciudades al espacio global

y, en consecuencia, con su grado de dependencia exterior; pero también con la forma en que utilizan y ponen en valor sus recursos, con las actitudes y los comportamientos de sus actores públicos y privados, y con la capacidad que muestran estos últimos para configurar redes locales de cooperación, ya sean éstas empresariales o socio-institucionales (MÉNDEZ, 2002; CARAVACA & GONZÁLEZ-SILVA, 2005). Aspectos todos ellos que revisten un gran interés puesto que permiten profundizar en el conocimiento de la capacidad de cada ciudad para hacer frente a la crisis, reaccionar ante ella y desarrollar modelos económicos alternativos. No obstante, se salen de los objetivos de este artículo dado que requieren el uso de técnicas cualitativas que sólo son aplicables para la realización de estudios de casos.

7. Consideraciones finales

Aunque fue en el año 2008 cuando se empezó a detectar en toda su crudeza la existencia de la fuerte crisis financiera, sus orígenes hay que buscarlos en décadas anteriores cuando, junto a un sustancial cambio en el sistema monetario internacional que contribuyó a facilitar la

utilización de prácticas de riesgo, tenía lugar un proceso de globalización sin precedentes y se empezaba a generalizar la aplicación de políticas neoliberales.

Teniendo en cuenta lo anterior, resulta interesante observar las transformaciones socioeconómicas ocurridas desde la crisis de los años setenta del pasado siglo. Entre ellas cabe destacar el paso de una economía de base productiva a otra sustentada en la especulación y en la desregulación financiera, que ha contribuido decisivamente a provocar la crisis y está generando una sustancial pérdida de bienestar social y una ampliación de la brecha entre las condiciones de vida de los distintos territorios y grupos sociales.

Pero, como señala HARVEY (2008 y 2012a), las crisis han venido desempeñando un papel clave en la geografía histórica del capitalismo, por lo que es necesario analizarlas desde la perspectiva territorial. En tal sentido hay que tener en cuenta que los efectos territoriales de la crisis están estrechamente relacionados con la globalización económica y con la consolidación del espacio de redes y deben ser observados a distintas escalas espaciales. En efecto, la creciente densificación de flujos materiales e inmateriales que sustentan la globalización económica ha puesto en evidencia la existencia de algunas claves que resultan necesarias para entender e interpretar los procesos territoriales; entre ellas cabe destacar: la alteración de las relaciones espacio/tiempo y las establecidas entre el espacio abstracto de las redes y el espacio concreto de los lugares; la revalorización del territorio, concebido antes como mero soporte físico de los procesos socioeconómicos y ahora como un recurso competitivo; y las desigualdades territoriales, asociadas al grado de integración o exclusión de los distintos ámbitos en el espacio global de las redes.

Junto a lo anterior, es necesario llamar la atención sobre la creciente competencia intercapitalista que, junto a la fluidez con que circula espacialmente el capital financiero, impone nuevas racionalizaciones geográficas en un sistema mundo crecientemente fragmentado, inseguro y desequilibrado. Resulta determinante en tales cambios la insostenible concentración del poder en manos de ciertas élites capitalistas que consiguen mantener sus privilegios mientras una gran mayoría de la población mundial se ve cada vez más incapacitada para hacer valer sus derechos más básicos (OBSERVATORIO METROPOLITANO, 2011; INTERMÓN OXFAM, 2012).

A escala mundial, la crisis está alterando una vez más las formas de articulación territorial al modificar las relaciones que se producen entre países. Si, en principio, la crisis pareció afectar con una mayor intensidad a los países desarrollados al ser en ellos dónde se localizan los principales centros financieros, sus impactos se están haciendo notar ya también tanto en los países considerados en vías de desarrollo como en los que habían sido calificados como emergentes. De este modo, no parece que se vayan a reducir precisamente las desigualdades internacionales, sino que, antes al contrario, se empieza a comprobar, una vez más, que las reglas establecidas para el comercio internacional siguen favoreciendo a los países más desarrollados mientras frenan e incluso impiden el desarrollo de otros (INTERMÓN OXFAM, 2002). Como ya señaló Arrighi en su momento, los estados «centrales» llevan a cabo políticas que directa o indirectamente favorecen la expansión transnacional de su capital nacional (ARRIGUI, 1983).

La percepción de la crisis es más nítida si se analiza lo ocurrido en los países de la Unión Europea y muy especialmente en los que conforman la zona euro. El desordenado crecimiento experimentado durante las últimas décadas por las entidades financieras de estos países, junto a la conformación de burbujas inmobiliarias en algunos de ellos, provocaron el crecimiento descontrolado de la deuda privada, a la vez que ponían en evidencia la falta de eficiencia reguladora, especialmente necesaria en unos mercados fuertemente integrados. Pero resultan, además, especialmente preocupantes las medidas que se han venido adoptando para controlar los fuertes desajustes financieros que se habían producido, puesto que han llegado a provocar una segunda crisis que, además de contribuir a la destrucción de actividades productivas y a una pérdida masiva de puestos de trabajo, está potenciando los desequilibrios socio-territoriales y reduciendo o incluso anulando los efectos de las políticas de cohesión que se habían venido implementando en etapas anteriores.

Cuando la escala de análisis es la local se definen aún más claramente las diferencias interterritoriales y puede observarse con más nitidez cómo se profundizan las contradicciones inherentes a la relación capital/trabajo. Dado que España es el país de la Unión Europea que más puestos de trabajo está perdiendo desde que se iniciara la crisis, para poder realizar una reflexión a esta escala, se ha centrado la atención en la evolución experimentada

por los mercados locales de trabajo en las ciudades españolas de más de veinte mil habitantes. Además de haberse reducido el número de afiliados a la Seguridad Social en la mayor parte de ellas, se están produciendo diferencias significativas en los comportamientos de las distintas ciudades, siendo en aquellas más afectadas por la descontrolada expansión urbanística donde el número de empleos destruido es más elevado.

Aunque, dada la complejidad de los procesos en curso y la insuficiente perspectiva temporal con que aún se cuenta, resulta difícil y prematuro sacar conclusiones acerca de las transformaciones socioeconómicas y territoriales derivadas de la crisis estructural que nos afecta, pueden sintetizarse algunas de las principales:

- Los intereses económicos han prevalecido sobre los principios éticos y democráticos y sobre los derechos de la ciudadanía.
- Mientras que la lógica económica se siga centrando en la maximización del beneficio seguirá afectando negativamente al medio ambiente, al territorio, a la cohesión social y a la calidad de vida de las personas.
- A los graves impactos económicos de la crisis financiera, hay que añadir los sociales, políticos, institucionales, éticos, ambientales y territoriales.
- Los efectos de la crisis financiera están siendo devastadores, provocando una fuerte redistribución de la riqueza desde el sector público al privado, desde las rentas del trabajo a las del capital, desde los pobres a los ricos y desde el sur hacia el norte (ALVAREZ PERALTA & *al.*, 2013).
- Un modelo económico que se basa en el sufrimiento de determinados grupos sociales no puede considerarse ni viable ni ético.
- Resulta cada vez más necesario frenar el crecimiento de la economía financiera-especulativa que ha dado origen a la crisis e im-

pulsar la reactivación de la economía real, sustentada en actividades ambiental, social y territorialmente sostenibles.

- Las directrices políticas que proceden de los mercados se centran en los reajustes estructurales, las privatizaciones y la reducción del gasto público.
- Las respuestas a la crisis son opciones políticas. Las que no priorizan la justicia social generan más desigualdad y pobreza (INTERMON OXFAM, 2012).
- Si, como señala HARVEY (2008 y 2012a y b), las crisis desempeñan un papel clave en la geografía histórica del capitalismo, es necesario realizar análisis que permitan profundizar en el conocimiento de las nuevas tendencias territoriales.

Como se señalaba hace ya más de una década (CARAVACA, 1998), lamentablemente aún no se vislumbra cuál puede ser el modelo socioeconómico que priorice las necesidades de las personas acercándose a lo que Galbraith llamaba «una sociedad buena». Siendo esto así, los investigadores estamos obligados a reflexionar individual y colectivamente para buscar soluciones a los graves problemas que están afectando al medio ambiente, a los territorios y a las sociedades.

En definitiva, si hace algunos años se insistía en la necesaria revisión de los análisis territoriales para adecuarlos a las, entonces, nuevas lógicas espaciales (cambios en la relación espacio/tiempo, conformación del espacio de las redes, consideración del territorio como recurso...), es importante revisarlos de nuevo teniendo en cuenta los procesos socioeconómicos ahora dominantes y los nuevos marcos espaciales de referencia. Sólo así será posible interpretar la complejidad territorial y trabajar para poder resolver las múltiples y graves contradicciones y retos a los que se enfrentan los distintos ámbitos territoriales.

8. Bibliografía

AGLIETTA, M. (1979): *A theory of capitalist regulation*, New Left Books, Londres.

ÁLVAREZ PERALTA, I. & F. LUENGO ESCALONILLA & J. UXÓ GONZÁLEZ (2013): *Fracturas y crisis en Europa*, Eudeba y Clave Intelectual, Buenos Aires-Madrid.

ARRIGHI, G. (1983): «Una crisis de hegemonía» en AMIN & *al.* *Dinámica de la crisis global*: 61-118, S. XXI, México.

AMIN, S. (1983): «Crisis, socialismo y nacionalismo», en AMIN & *al.* *Dinámica de la crisis global*: 178-286, S. XXI, México.

ASKENAZY, P. & P. MÉHAUT (2012): «Dotar de un nuevo porvenir al trabajo» en LOS ECONOMISTAS ATERRADOS:190-204.

BENKO, A. & A. LIPIETZ (1994): *Las regiones que ganan. Distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la Geografía Económica*, Alfons el Magnanim Valencia.

BERZOSA, C. (1988): *Economía: crisis o recuperación*, EUDEMA S.A., Madrid.

BOCCARA, F. & E. LE HÉRON & D. PLIHON (2012): «Por un sistema financiero emancipado de los mercados financieros» en *Los economistas aterrados*: 230-250.

- BRYSON, J. R. & P. W. DANIELS (2009): «Dualidad de los servicios y economía servindustrial: la interacción entre servicios e industria desde un análisis de producción, proyectos y tareas» *Papeles de Economía Española*, 120: 186-199.
- BOYER, R. (1986): *La théorie de la régulation: une analyse critique*, La Découverte, Paris.
- CARAVACA, I. (1998): «Los nuevos espacios ganaderos y emergentes» *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, XXIV (73): 5-30.
- & G. GONZÁLEZ-ROMERO & R. SILVA (2005): «Innovación, redes, recursos patrimoniales y desarrollo territorial» *EURE Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, XXXI (94): 5-24.
- CORPATAUX, J. & O. CREVOISIER & T. THEURILLAT (2009): «The expansion of the finance industry and its impact in the economy: a territorial approach base on Swiss pension funds», *Economic Geography*, 85 (3): 313-334.
- DAHÉR, A. (2004): «Riesgo país versus riesgo región: Santiago en el Mercosur» en C. DE MATTOS & al. (Eds.) *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago, Ediciones SUR/EURE libros: 85-113. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=17> (Consulta 3/11/2013).
- (2013): «El sector inmobiliario y las crisis económicas» *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, 39 (118): 47-76.
- DANIELS, P. W. & W. F. LEVER, (eds.) (1996): *The global economy in transition*. Longman Essex.
- DANIELS, P. W. & J. R. BRYSON (2002): «Manufacturing servicing and servicing manufacturing: knowledge-based cities and changing forms of production» *Urban Studies* (39) 5-6: 977-991.
- DÉVOLUY, M. & al. (2012): «La política económica en Europa» en LOS ECONOMISTAS ATERRADOS: 49-74.
- EKAIZER, E. (2012): *Indecentes*, Espasa, Madrid.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2008): *El crepúsculo de la era trágica del petróleo. Pico del oro negro y colapso financiero (y ecológico) mundial*, Virus Editorial- Ecologistas en Acción, Bilbao.
- (2011): *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*. Virus Editorial, Bilbao.
- GEORGE, S. (2010): *Sus crisis, nuestras soluciones*. Icaria-Intermón-Oxfam, Barcelona.
- HARVEY, D. (2008): *La condición de la posmodernidad*, Amorrurto Ed., Buenos Aires-Madrid.
- (2012a): *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal, Madrid.
- (2012b): «Las raíces urbanas de las crisis financieras» en M. BELIL & J. BORJA & M. CORTI (Eds.), *Ciudades, una ecuación imposible*: 321-358. Icaria, Barcelona.
- HUSSON, M. (2009): *Capitalismo puro*, Maia Ed., Madrid.
- INTERMÓN OXFAM (2002): *Cambiar las reglas. Comercio, globalización y lucha contra la pobreza*, <http://www.oxfamintermon.org/es/informate/publicaciones/estudios> (Consulta: 6/10/2013).
- (2012): *Crisis, desigualdad y pobreza. Aprendizaje desde el mundo en desarrollo ante los recortes sociales en España*, <http://www.oxfamintermon.org/es/informate/publicaciones/estudios> (Consulta: 6/10/2013).
- (2013): *La trampa de la austeridad. El verdadero coste de la desigualdad en Europa* <http://www.oxfamintermon.org/es/informate/publicaciones/estudios> (Consulta: 6/11/2013).
- KONDRATIEFF, N. D. (1995): *Los Ciclos Económicos Largos* (compilación de sus trabajos), General Data Publications, Cheshunt (UK).
- LORDON, F. (2012): «La pavorosa pasividad de la regulación financiera» en LOS ECONOMISTAS ATERRADOS: 251-281.
- LOS ECONOMISTAS ATERRADOS (2012): *Cambiar de economía*, Fuhem Ecosocial/La Catarata, Madrid.
- MAGNAGHI, A. (1981): *Il sistema di governo della regioni metropolitane*. Franco Angeli, Milán.
- MANDEL, E. (1986): *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Siglo XXI, Madrid.
- MARTIN, R. (2011): «The local geographies of the financial crisis: from the housing bubble to economic recession and beyond» *Journal of Economic Geography*, 11 (4): 587-618.
- (2012): «Regional economic resilience, hysteresis and recessionary shocks» *Journal of Economic Geography*, 12 (1): 1-32.
- MAYOR ZARAGOZA, F. (2011): «Traspasar los límites de lo posible», en VVAA, *Reacciona*, Aguilar, Madrid.
- MÉNDEZ, R. (2002): «Innovación y desarrollo territorial: Algunos debates teóricos recientes». En *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales* 28 (84): 63-84.
- (2013a): *Las escalas de la crisis. Ciudades y desempleo en España*, Fundación 1º de Mayo, Colección Estudios www.1mayo.coop.es (Consulta: 3/10/2013).
- (2013b): «Crisis económica y reconfiguraciones territoriales» en *Actas de las V Jornadas de Geografía Económica*, Girona, 28 al 30 de junio: 36-73, Grupo Geografía Económica (AGE) y Departamento de Geografía de la Universidad de Girona.
- (2013c): «Crisis económica, vulnerabilidad urbana y desempleo en España» en *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, XLV (178): 649-667.
- MORIN, E. (2011): *La Via. Para el futuro de la humanidad*, Paidós Estado y Sociedad, Barcelona.
- OBSERVATORIO METROPOLITANO (2011): *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década*, Traficantes de sueños, Madrid.
- SALAMA, P. (2012): «Preguntas y respuestas sobre la crisis mundial», en *Nueva Sociedad*, 237: 50-64, www.nuso.org (Consulta: 19/8/2013).
- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, J.L. (2013): «Sensibilidad y resiliencia de las regiones españolas durante las crisis económicas (1976-2011)» en *Actas de las V Jornadas de Geografía Económica*, Girona, 28 al 30 de junio: 74- 96, Grupo Geografía Económica (AGE) y Departamento de Geografía de la Universidad de Girona.
- STERDYNIK, H. (2012): «¿Que política económica? Muertes y resurrecciones del keynesianismo» en *Los Economistas aterrados*: 21-48.
- TORRES LÓPEZ, J. (2011): *Contra la crisis, otra economía y otro modo de vivir*. Ed. HOAC, Móstoles (Madrid).
- TOURAINÉ, A. (2011): *Después de la crisis*, Paidós, Barcelona.
- VICTOR, J.C. (2012): *Le dessous des cartes. Itinéraires géopolitiques*, Editions Tallendier/ARTE Éditions, Singapur.